

Re
se
Reseñas
ñas

ARMANDO MARTÍNEZ GARNICA, *La agenda de Colombia, 1819-1831*, 2 tomos, Colección Bicentenario, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, 2008.

Estos dos tomos del autor solo ayudan a comprender su encomiable, dispendiosa y minuciosa labor de un trabajo de mayor alcance en el marco de las celebraciones del Bicentenario. Nos referimos a otras ediciones en coautoría: con Jairo Gutiérrez Ramos, *La visión del Nuevo Reino de Granada en las Cortes de Cádiz (1810-1813)* (Academia Colombiana de Historia-UIS, Bogotá, 2008); con Inés Quintero Montiel, *Actas de la Formación de las juntas y declaraciones de independencia (1809-1822)*, 2 tomos (UIS, 2008); con Ángel Almarza Villalobos, *Instrucciones para los diputados del Nuevo Reino de Granada y Venezuela ante la Junta Central Gubernativa de España y las Indias* (UIS, 2008); con Daniel Gutiérrez Ardila, *Quién es quién en 1810. Guía de forasteros del Virreinato de Santa Fe* (Ministerio de Educación, Biblioteca Bicentenario, disponible en la página web), solo para mencionar las que están al alcance del público.

Por consiguiente, los dos tomos de *La agenda de Colombia, 1819-1831* constituyen una invaluable representación documentada de la historia del Estado en los inicios de la construcción de la nación y la configuración de la nacionalidad colombiana. Un tema que con todo y Bicentenario sigue descuidado por la “nueva” historia colombiana, razón por la cual todavía hoy presenciamos la vigencia de los cánones

historiográficos de la mal llamada, en su momento, historiografía académica, es decir, la realizada desde las Academias de Historia, señaladas de elaborar historia tradicional o historia patria.

Sin detenerse en esas innecesarias distinciones, Armando Martínez Garnica se introduce en el tema de las agendas públicas o sea el de la acción del Estado durante el siglo XIX. Independientemente, de cualquier discusión sobre si el Estado existe o no, fracasó o es débil, de lo que se trata es investigar sobre el Estado nacional como el actor principal de la experiencia histórica de la vida política moderna, por lo tanto él debe ser colocado en el centro de la temática propia de la historia política. En este tema el autor toma distancia de lo que hasta ahora ha venido haciendo la historiografía latinoamericana, la cual estudiaba la política más como un fenómeno cultural: una forma de hacer historia política inaugurada por François-Xavier Guerra. Sin embargo, la atención al fenómeno estatal elegido por Martínez Garnica, retomando dos vectores tradicionales de los discursos históricos: el Estado y la Nación, ha retornado, en la actualidad, a la agenda de los historiadores.

Los dos tomos contienen, además de la introducción, nueve capítulos que analizan la transición a la República de Colombia, el congreso constituyen-

te, la formación del poder judicial, la agenda de la Administración Santander o sea su vicepresidencia durante la Gran Colombia, las legislaturas constitucionales, la administración Bolívar, la de Caicedo-Mosquera, la efímera de Úrdaneta, el proceso de disolución de Colombia. Se cierran los dos tomos con un epílogo sobre la creación del Estado de la Nueva Granada y unos anexos documentales que combinan las agendas legislativas con las memorias anuales presentadas por los gabinetes del poder ejecutivo al congreso.

La introducción tiene una importancia metodológica. En ella son definidas las diferentes categorías y conceptos uti-

lizados a través del trabajo: agenda, Estado, administración pública; no solo para los contemporáneos sino para el propio autor y los potenciales lectores. Como también tiene su importancia excepcional el empleo del método expuesto por Carlos Marx en su famosa *Introducción general a la crítica de la economía política (1857)*, que el autor plantea (p. 12) para llevar a cabo la investigación sobre las agendas públicas del Estado nacional colombiano en el siglo XIX, la cual apenas comienza con estos dos tomos. 

Jorge Conde Calderón
Universidad del Atlántico



INÉS QUINTERO, ANGEL ALMARZA, JOSÉ BIFANO, LIONEL MUÑOZ, ENRIQUE RAMÍREZ, ROSÁNGEL VARGAS, JOHANA VERGARA Y ALEXANDER ZAMBRANO, ***Más allá de la guerra. Venezuela en tiempos de la Independencia***, Caracas, Fundación Bigott, 2008, 255 pp.

Entre 1810 y 1824 los territorios hispanoamericanos fueron escenarios dominados por enfrentamientos y batallas en medio de un proceso llamado lucha o guerra de Independencia, la cual enfrentó dos bandos irreconciliables: realistas y patriotas. Ello plantearía como algo ineluctable que toda la población estaba dividida o alineada en uno de esos dos bandos. Aún más, que ella y la sociedad entera vivió inmersa en la guerra. Sin embargo, las historias contadas por este grupo de jóvenes historiadores orientados por la experimentada historiadora Inés Quintero, permite formarnos otro cuadro distinto.

Las historias intentan responder a las preguntas planteadas inicialmente: “¿Estuvo todo el mundo comprometido, a sangre y juego, en la definición del conflicto? ¿Qué tipo de preocupaciones estaban presentes entre quienes, en medio de la guerra, tuvieron que atender sus asuntos cotidianos? ¿Qué sabemos de la vida, angustias, padecimientos y vivencias de la gente común, de los aquellos que no ingresaron al panteón de los héroes, de todos aquellos que no quedaron plasmados en los libros de Historia como constructores de la patria? ¿Dejaron algún rastro de su presencia? ¿Qué pasó con toda esa gente durante esas dos largas décadas?” (p. 5).

Lo que pasaba, ocurría o acontecía *Más allá de la guerra* nos señala que la vida cotidiana de mucha gente común ocurría sin prisa alguna. En los centros urbanos, aunque la prensa oficial difundía noticias sobre la guerra, su población vivía normalmente, sin apuros como lo ilustra el capítulo *Con el arma en la mano*. En él son narradas las experiencias de seis esclavos que participaron en la guerra, sin la importancia de ser realistas o patriotas, ellos luego libran otra guerra: la de las palabras en los estrados judiciales para obtener el reconocimiento de su libertad que les habían prometidos los jefes, los mismos que luego ocuparían un lugar en la galería de los héroes. Esos esclavos transitaban por los estrados judiciales llevando en sus manos las declaraciones de sus amos o las de los oficiales bajo los cuales estuvieron a sus órdenes. Pero también están narrados los problemas que tuvieron para obtenerlas, en un ambiente lleno de suspicacias, malicias y sospechas del cual los esclavos participan ya que no eran ni tontos ni ingenuos, tienen la experiencia “militar”, se habían jugando el “pellejo” en una guerra que no era la suya. Por esas razones, está la historia del esclavo que por haber cambiado su apellido por el de hombre libre enfrenta obstáculos para obtener la boleta de libertad o la de Joseph de Jesús Malpica, apellido que

también encontramos entre muchos negros, pardos y mulatos libres del Caribe colombiano.

La guerra había hecho desaparecer como por “arte de magia” los vagos, los borrachos, los delincuentes, los jugadores?. No. Ellos estaban allí llevando su vida normal, inventándose estrategias para eludir la leva, la conscripción militar, en otras palabras para mantenerse *Fuera de Combate*. Y la gente común pensaba y quería casarse, sin embargo en el *Camino al altar* se definían los motivos para contraer matrimonio: la promesa o palabra empeñada, el enrolamiento masculino para la guerra, el aseguramiento de la pensión que hacía la mujer con el matrimonio. Así mientras en los llanos, valles y sabanas se desarrollaba la guerra en los centros urbanos eran presenciados *Amores contrariados*: la protección de la preñada y la defensa de su honor, alguien que era un blanco disimulado o un pardo queriendo hacerse pasar por indio, en fin, las diferencias raciales todavía son mantenidas para evitar parejas disparejas desde la óptica social. La religiosidad mantiene su posición en la escala de los valores espirituales, el *Tiempo para rezar* no es incompatible con los momentos de la guerra, sin embargo, los

clérigos deben evitar que el conflicto bélico genere *Desorden en la casa del Señor*. Esa misma guerra podía llegar a perturbar el mundo académico, el cual, aunque viva *Entre dos fuegos*, tuvo su existencia y desarrollo. En fin, no solo la guerra sino también un desastre natural, el terremoto de Caracas del 26 de marzo de 1812 que causó aproximadamente veinte mil muertes, dejaron fuertes rastros sobre la memoria histórica de Venezuela.

En conclusión, las preguntas que los autores se plantearon pueden igualmente resultar pertinentes en investigaciones similares para cualquier país latinoamericano durante el mismo período, o tal vez otro. Quizás esto no sería extraño de encontrar en medio de guerras civiles, conflictos entre los grupos de poder, violencia partidista, dominación caudillista, dictaduras o golpes de estado tan comunes en el proceso de construcción de las naciones latinoamericanas en el transcurso de los siglos XIX y XX, pero durante los cuales la gente común ni se enteraba de ello, o no entendía ni jota de por qué otros luchaban a muerte entre sí o, sencillamente, porque querían vivir la vida como un ser humano racional. 

Jorge Conde Calderón
Universidad del Atlántico